

«UN GENIO Y SU DESTINO. (UN ARQUEÓLOGO BELGA EN TIERRAS DE ESPAÑA)»

OPHELIA QUINTAS DE CARVALHO (TEXTO)
Nuera de Luis Siret

JUAN GRIMA CERVANTES (ESTUDIO PRELIMINAR, EPÍGRAFES Y NOTAS)
Historiador

ESTUDIO PRELIMINAR

Hacia 1993, contacté en Madrid con Daniel Siret, biznieto del célebre arqueólogo Luis Siret, y nieto de Adolfo Siret Belpaire y Ophelia Quintas de Carvalho. Hacia apenas un par de años que los Siret españoles, que aún mantenían la nacionalidad belga, habían hecho una importante donación al Museo del Cincuentenario de Bruselas de papeles y manuscritos que aún conservaban, a través de la embajada de Bélgica en nuestro país. La razón de producirse esta donación en favor de Bélgica y no a España, se debía al olvido en que, en esos años primeros de nuestra Transición, había quedado la figura Siret y sobre todo al injusto trato recibido —en opinión de la familia— en la cuantificación económica por parte de los tasadores y expertos propuestos por el Tribunal Supremo tras ganar ésta la sentencia contra el Estado español en relación con el pago de los objetos de «tiempos históricos», que según los herederos nunca fueron donados por Luis Siret. La cifra de dicha tasación fue de cuatro millones de pesetas de la época, cantidad que, según Ophelia Quintas de Carvalho, ya viuda de Adolfo Siret¹, no alcanzó ni para pagar los gastos de abogados de tantos años que duró el juicio, lo que provocó una carta de repulsa dolorosa por parte de ésta a la reina Dona Sofía².

¹ La muerte de Adolfo Siret, hijo de Luis Siret, se produjo en Madrid el 4 de junio de 1976. Tenía en su haber numerosas condecoraciones militares por haber quedado mutilado tras su participación en la Primera Guerra Mundial. También fue miembro honorario de la Sociedad de Geografía de Madrid (*ABC*, Madrid, 5-6-1976).

² Dicha carta, enviada a la reina doña Sofía, fue leída años después, en 1996, por Pilar Martín Nieto, archivera del Museo Arqueológico Nacional, en una conferencia dada en Puchena con el título «El legado de Luis Siret en España: los fondos del Museo Arqueológico Nacional», dentro del curso de verano de la Universidad Complutense *Los cimientos de la Ciencia Prehistórica en España. Luis Siret y las Culturas del Sudeste*, que el glosador de este artículo dirigió.

Gracias a esta relación con este heredero³ pude estudiar otra serie de papeles que personalmente éste había salvado de la casa de su abuelo Adolfo en Madrid, antes de ser vendida, puesto que tras la muerte de su abuela Ophelia cada miembro de la familia iba por su lado y el recuerdo del bisabuelo estaba muy borrado o resultaba casi intrascendente. Entre aquellos papeles encontré varios manuscritos que fotocopié y fotografié correspondientes a un intento de biografía de la figura de Luis Siret hecho desde el seno de la propia familia, con una serie de datos humanos e íntimos poco conocidos. La autora de estos trabajos era Ophelia Quintas de Carvalho, la noble portuguesa nuera de Siret, casada con su hijo Adolfo, que directamente conoció a nuestro arqueólogo por sus estancias veraniegas en Herrerías (Cuevas del Almanzora) hasta que éste murió en 1934. Además, en los años posteriores a este hecho luctuoso, continuó viniendo con su esposo e hijos, y conservando la casa hasta inicios de los años cincuenta, según referencias de Daniel, por lo que fue reuniendo materiales y anotando anécdotas que le contaban las personas que lo conocieron y trataron.

En concreto tenemos un cuaderno de notas y tres borradores de la Biografía que están redactados literariamente, aunque unos son más definitivos que otros.

El *Cuaderno de Notas* se compone de diez páginas escritas y cinco hojas sueltas con anotaciones,

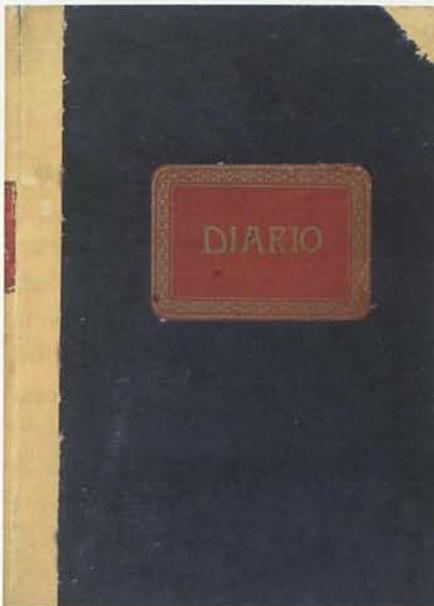
³ Daniel Siret, era hijo de Louis Siret (nieto de Siret), y de la esposa de éste Denise. Era un ingeniero mecánico que trabajaba para una multinacional americana de maquinaria en Europa. Siempre estaba viajando por esta razón. Tenía un enorme interés por la figura de su bisabuelo, y fue el encargado por la familia de realizar las últimas donaciones al Estado belga. Me permitió trabajar el material todavía conservado durante muchos días en su propia casa. Falleció al poco de contraer matrimonio. Según referencias orales de su hermano Federico, murió hacia el año 2005 ó 2006 en un accidente mientras practicaba ski en Suiza.

¹ PÉREZ PÉREZ, Andrés: «La Huelga: El pueblo que pudo ser y no fue». *EL AFA, Revista cultural*, nº 2. Sorbas, 2001. pág. 7.



Usaba pelo largo y perilla lo que le daba un aspecto arrequeute. La razón de sus largos cabellos: su madre, que se encontraba muy enferma y que pronto le dejó huérfano, tocando sus rubios mechones le dijo: el día que estés tú sus cabellos querido hijo, me darás un gran disgusto. "No temas, nunca me reprocharás esta madre querida" y efectivamente ^{conseguió} ~~llegó~~ sus largos cabellos hasta su tumba. Esto dio entonces motivo a muchas incidencias, como una que el mismo relataba entre risas y buen humor, que le había ocurrido durante su

A la izquierda, Portada del Cuaderno de Notas y primera página escrita.



En lo alto de una colina en las pequeñas aldeas minora de Ferrerías a los pies de la Sierra de Albufera, se levanta sobre un fondo de ~~una~~ ^{de} una gran casa blanca, cubierta de madrosolvas; dominando la mar, las montañas, el cielo infinito. Casa de dos alas, anchas ventanas las con sus refas. Frente a la casa un camino de frondosas palmeras que conduce a ^{la mansión} ~~un pabellón~~ adornado de antiguos platos azules y blancos. Al fondo, un estanque rodeado de rusticas piedras, donde crecen plantas raras de matices variados. Después de haber abandonado

A la izquierda, Borrador n°1 y primera página escrita.

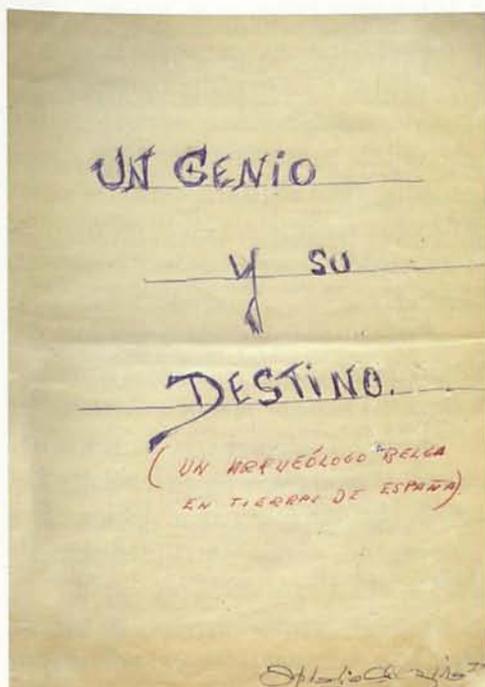
que, por su contenido, reúnen datos básicos sobre las culturas estudiadas, las excavaciones realizadas y las interpretaciones siretianas, seguramente con la intención de darle mayor cientifismo a la biografía final que escribía.

El Borrador n° 1 aprovecha un viejo libro Diario de empresa (al que le faltan las hojas 3-70) para escribir con letra grande, a bolígrafo, unas 65 páginas correlativas más cinco hojas sueltas. A pesar de su extensión, por los numerosos tachones y añadidos en los laterales, debe ser el primer borrador.

El Borrador n° 2, que es el que nosotros damos a conocer, se compone de 51 páginas en formato folio, más la portada, escrito con bolígrafo azul y corregido con rojo. Esta firmado por la autora «Ophelia de

Siret», que no es otra que Ophelia Quintas de Carvalho, con su nombre belga de casada. En este manuscrito existen todavía algunos huecos e imprecisiones que están arreglados en el Borrador n° 3. Por ejemplo, la autora no sabe a ciencia cierta cuál es el título de nobleza que poseía Luis Siret y pone en ese lugar un asterisco, y a pie de página escribe «Barón de Chanvron», título que creemos no existió nunca en Francia ni en Bélgica. Pues en el borrador definitivo dice que Luis era «Conde de Capiamont», título que si ha existido en Bélgica, aunque no está referenciado en ningún otro lugar que lo poseyese Luis Siret.

El Borrador n° 3, escrito en papel en formato A-5, está dividido en dos pliegos cosidos separada-



I

Pasábamos el invierno en Aquilal, en esta bella y pintoresca ciudad. Bonita playa del Mediterráneo con sus jardines, su paseo marítimo bordeado de árboles y multicolores chics. Un antiguo castillo ^{que se ve} como fondo, vistoso y colorido. Barcos dan luz, vida y color, a la vida festiva y maravilloso mundo de los pescadores, donde afanosos se mueven día y noche, en busca del sustento. Hay muchos ruidos, de almas bellas de poeta. Cuando descansan, descansan mirando las aguas; descansan mirando ese mar infinito, sin mar. Descansan teniendo las interminables redes, a todo lo largo del muelle. Descansan apoyados a la borda de sus barcos, en las noches cálidas, tocando la armónica, sacando sonidos sorprendentes de dulces y melancólica nostalgia. Hemos venido aquí en peregrinación para perpetuar y honrar la memoria del que fue una de las grandes figuras de la Prehistoria. Pasados largos años, de haber abandonado esas tierras, sentimos el deseo de volver a ver la casa de "Herrerías", morada del gran sa-

A la izquierda, Borrador nº 2 y primera página escrita. Este es el manuscrito que ahora se da a conocer con este trabajo.

I

En un lugar de la Cuenca minera de Herrerías a los pies de la Sierra de Almagrera, en lo alto de una colina se alza una gran casa blanca, cubierta de madreselvas, mirando la mar, las montañas el cielo infinito. Casa de dos alas, anchos ventanales con sus rejas. Frente a la casa un camino de frondosas palmeras que conduce a la vivienda. Un porche que se abre frente a un jardín repleto de rosales y vari-

Primera página escrita del primer pliego del Borrador nº 3. En este manuscrito se inserta la versión más completa de la biografía realizada sobre Luis Siret por su nuera Ophelia Quintas de Carvalho.

mente a mano; el primero se compone 68 páginas manuscritas, y el segundo de 36 páginas. No lo hemos traído a estas páginas porque las fotos que realicé del 2º pliego han estado traspapeladas mucho tiempo, y han aparecido cuando este artículo estaba a punto de entrar en la imprenta. Pero en un futuro tendremos ocasión de aproximarnos al mismo.

Hechas estas apreciaciones formales sobre los manuscritos, conviene hacer constar que no sabemos a ciencia cierta en qué fecha fueron escritos. No hay referencias al respecto; sólo un par de detalles que nos ofrecen muchas pistas. El primero cuando afirma la autora: «Pasados largos años, de haber abandonado esas tierras, sentimos el deseo de volver a ver la casa de «Herrerías», morada del gran sabio Siret». Esto nos sitúa los escritos entre los años 1960 y 1968, quizá al calor de la investigación que realizaba por aquel tiempo el cuevano Diego Antonio Casanova Párraga, que les visitó muchas veces en Madrid recabando datos, y que en 1965 publicó una biografía titulada «Un belga en España. Luis Siret y el Sudeste Milenario». Sea como fuera, lo cierto es que noticias y anécdotas a veces muy parecidas se vierten tanto en el libro de Casanova como en el manuscrito que damos a conocer, aunque varía bastante la redacción. La otra referencia aclaratoria temporal es bastante explícita, cuando afirma la autora que fue Luis Siret el que «...nos dio las primicias en lo que se refiere a un trabajo serio científico, sobre una amplia parcela de Prehistoria del hombre en esta Patria, como ha ex-

presado en fecha reciente algún almeriense». Ese almeriense, no puede ser otro que Casanova Párraga. Por tanto, hemos de concluir, a este respecto, que los *Borradores n.º 2 y 3*, se concluyeron entre 1965 y 1968, pero que aportan una serie de datos que no aparecen en la biografía trazada por Casanova, como son cuestiones de matiz intimista y familiar (el amor por los gatos, la hora de levantarse, el tiempo que dedicaba a la correspondencia, sus paseos, el porqué llevó siempre el pelo largo, etc). Por sus palabras, por el tratamiento que hace en todo el texto, está claro que Ophelia Quintas de Carvalho sentía un profundo respeto y admiración por su suegro. Y va a ser la que nos explique —sin proponérselo— algunas claves de las diferencias existentes entre el hombre Luis Siret de antes de la Primera Guerra Mundial y el de después. Efectivamente, la portuguesa nos ofrece datos de esa retención de cuatro años que Siret soportó estoicamente entre Alemania y Bélgica durante la Gran Guerra, con su primogénito herido y a punto de morir, y cómo las consecuencias de aquel conflicto le volvieron más pesimista y aceleraron su vejez. A ello se sumó la caída del negocio minero y su anhelo de donar sus colecciones arqueológicas al Estado español.

El Siret de los años veinte es un hombre callado, que vive lo que podríamos llamar una depresión personal. La soledad se hace muy dura sin sus hijos, que han organizado su propia vida lejos de Herrerías, pese a que vuelvan de vacaciones. En 1929 con la Exposición Internacional de Barcelona, las cosas cambian. Es llamado a participar en la misma y se reúne con historiadores y jóvenes arqueólogos para quienes Siret es un referente. Ahí empezará los contactos serios con personalidades relevantes para dar los pasos oportunos y ofrecer al Estado sus colecciones arqueológicas. La llegada de la República es un viento fresco. Sus negociaciones con los responsables culturales del Museo Arqueológico Nacional y la Academia de la Historia marchan muy bien. Siret consigue el compromiso de crear un Museo para Almería, así como que le financien la prosecución de excavaciones —pagadas por primera vez en su vida por el Estado— en Almizaraque (Cuevas del Almanzora), a unos cientos de metros de su propia casa.

En definitiva, estamos ante una biografía sentimental, cargada de matices, respetuosa, humana, que se hace desde el corazón. Sin embargo, hay un matiz interesado, como es el de dejar claro que Siret, advertido por su abogado, el veratense Luis Giménez



Luis Siret con toda su familia (su hijo Adolfo, su nuera Ophelia Quintas de Carvalho, hija Susana, su yerno Teodoro Delanoy y todos sus nietos), junto a la familia Flores (entre ellos Miguel y Concha). La escena puede fecharse hacia 1925 a la sombra de las palmeras de la casa de Herrerías. [Cortesía de María Josefa Flores].

Canga Argüelles, en ningún momento pensó en donar todas sus colecciones, sino sólo las prehistóricas, porque ello sería desheredar a sus hijos. En este punto, conociendo la trayectoria de Luis Siret y las relaciones tan tensas que esta decisión provocó con su hijo, según testimonios orales que después ha contado su chófer (José Gilabert), es de suponer que de

algún modo la biografía «*Un genio y su destino*» pretendía afianzar la verdad del hijo y la nuera (Adolfo y Ophelia), frente a la decisión tajante de Luis Siret tres décadas atrás de donar no sólo las «colecciones prehistóricas» sino también «las históricas», aunque no aparecieran diferenciadas unas de las otras en el papel.

INTRODUCCIÓN

Pasábamos el invierno en Águilas, en esta bella y pintoresca ciudad. Bonita playa del Mediterráneo, con sus jardines, su paseo marítimo bordeado de lindos y multicolores chalets. Un altivo castillo tiene por fondo; vistosos barcos dan luz, vida y color a ese pequeño y maravilloso mundo de los pescadores; donde afanosos se mueven día y noche, en busca del sustento. Hombres rudos, de almas sencillas de poeta. Cuando descansan, descansan mirando las aguas; descansan mirando ese mar infinito, su mar. Descansan tejiendo las interminables redes, a todo lo largo del muelle. Descansan apoyados a la borda de sus barcos, en las noches cálidas, tocando la armónica, sacando sonidos sorprendentes de dulce y melancólica nostalgia.

Hemos venido aquí en peregrinación para perpetuar y honrar la memoria del que fue una de las grandes figuras de la ciencia prehistórica¹.

II. LA CASA DE HERRERÍAS

Pasados largos años, de haber abandonado esas tierras, sentimos el deseo de volver a ver la casa de «Herrerías», morada del gran sabio Siret.

Volver allí era recordar con nostalgia un sueño maravilloso de nuestra juventud, reminiscencias de un pasado lejano y feliz.

Permanecía todo como antes; esa gran calma, esa quietud serena, ese sol generoso, su grandeza, su belleza desértica, salvaje, maravillosa².

¡Nada turbaba ese silencio impresionante!

¹ La vuelta a Águilas de los descendientes de Luis Siret se produjo en varias ocasiones desde el fallecimiento de éste en 1934. De hecho en el cementerio de este pueblo pesquero estaban enterrados tanto María Magdalena Belpaire, como su esposo Luis, nuestro protagonista.

² Susana y Adolfo, los hijos de Luis Siret, acabaron vendiendo la casa de Herrerías al Estado Español, por lo que después de 1950, apenas volvieron a Cuevas del Almanzora.

En la cresta de una colina, en plena naturaleza en medio de palmeras, adelfas, granados y flores diversas, dominando el mar, las montañas, el cielo infinito, se alza una inmensa casa blanca, sin pretensiones algunas de arquitectura.

Anchos ventanales con sus tradicionales rejas —esas rejas elegantes, nobles, inigualables que sólo se ven en Andalucía—. Su porche adornado de antiguas fuentes azules y blancas; un estanque rodeado de rústicas piedras, donde crecen plantas salvajes de



Óleo donado a Luis Siret por pintor desconocido, que retrata parte de la entrada y del salón de la casa de Las Herrerías, destacando en su decoración las fuentes azules de Manises, tan típicas en las casas burguesas de la época. [Cortesía de Daniel Siret].

matices variados. En el bello jardín que rodea la morada, crecen las madreselvas y rosales abrazándose en una sinfonía de luz y amor.

Una pérgola tupida de olorosos jazmines, acompaña un jardín que baja en escalones, extendiéndose a sus pies banales con bosquetes de eucaliptos, palmeras, tamarines y baladres, hasta las orillas del Río Almanzora³.

Este río, seco, polvoriento y pedregoso, que duerme largas temporadas para despertar enfurecido, arrastrando en sus aguas fangosas e incontenibles, todo lo que encuentra a su paso, y mordiendo lo poco que va quedando en sus orillas para el cultivo del labrador.

Tierras que en una crecida de este torrente lanzado a gran velocidad, deja ruina, muerte y desolación. De pueblo en pueblo, sobre montes, hombres del campo van tocando la caracola –caracol marítimo de grandes dimensiones en forma cónica muy prolongado– que usan como bocina avisando así con su fuerte y prolongado sonido la salida del río, la salida del monstruo!⁴

¡Espectáculo profundamente impresionante, bello y a la vez horrible!

Una antigua leyenda dice y cuenta la historia, en aras de la fantasía, que corre de boca en boca de padres a hijos, llena de poesía y encanto:

«El califa Mohamed Almanzor, regresando con sus tropas de las tierras de Levante, al llegar a las cercanías de este río, fue avisado por un anciano de sus riadas impetuosas, violentas y del peligro de atravesarlo, puesto que una tormenta era inminente. Se desvió Almanzor por otros caminos con sus tropas, y al cruzar una aldea, se acercaron a una límpida fuente para saciar su sed; allí una hermosa muchacha cristiana llenaba su cántaro de agua.

Locamente prendado de su belleza, hace que sus tropas la raptan, para llevarla a su corte de Córdoba.

³ Tras la adquisición y restauración de la casa en que vivió Luis Siret por parte de la Junta de Andalucía, la misma pasó a manos de un «ocupa», que se hizo pasar por miembro de la Fundación artística Bauhaus, con la que el Ayuntamiento de Cuevas había llevado a cabo un convenio de uso de la casa. Puede decirse que el «inquilino» lleva más de diez años viviendo en ella con su madre de modo ilegal, sin que hasta el momento hayan podido echarlo, a fin de que la misma sirva para un fin cultural ligado con la historia y la arqueología del Levante.

⁴ La costumbre de avisar a la población de la llegada de una gran avenida o riada en los ríos Almanzora y de Aguas, se perpetuó hasta finales de los años cincuenta del siglo XX. El aviso se hacía haciendo sonar caracolas de mar, cuyo estruendo se oye a una gran distancia.



Luis Siret en su época universitaria en Lovaina. Hacia 1878. [Foto col. Juan Grima].

Inesperadamente es liberada por las gentes de su pueblo, que con ella cruzan el río en el apogeo de su crecida y la salvan milagrosamente. Al verse Almanzor impotente y perdiendo su gran ilusión, llora desconsoladamente. Contemplando sus soldados la pena y el llanto de su señor, gritan: ¡Almanzor llora! ¡Almanzor llora! De ahí el origen de este río que luego se convirtió en Almanzora»⁵.

En este oasis de paz, esta mansión solariega, acogedora y señorial fue testigo de un gran pasado: Evoca cincuenta años de la vida de un gran hombre, de un sabio cuya existencia fue allí un conjunto de felicidad y amargura.

II. LOS PRIMEROS AÑOS DE SIRET EN EL SURESTE ESPAÑOL

En el año 1881, llega a Cuevas del Almanzora –Almería– un joven apuesto, elegante, alto rubio, de

⁵ Esta leyenda que narra Ophelia viene de antiguo. De hecho se conserva un hermoso romance que cuenta esta historia. El profesor Pedro Perales lo recogió y publicó bajo el título: «El nombre del río Almanzora (leyenda popular)». En GRIMA CERVANTES, Juan y MOLDENHAUER CARRILLO, Federico (editores): *Historias y leyendas de la Axarquía Almeriense*, Mojácar, 2001, pp. 173-182.

ojos azules, tipo totalmente nórdico. Luis Siret, ingeniero, geólogo y arqueólogo belga.

Descendiente de una familia aristócrata francesa de Reims**, sus antepasados se ven obligados a exiliarse en Bélgica, perseguidos como todos los nobles, durante la Revolución Francesa.

Hijo de Adolfo Siret, autor del *Diccionario histórico de toda las Escuelas desde el origen de la pintura, hasta nuestros días*⁶.

Dirigía igualmente: *Le Journal des Beaux Arts*⁷ y fue nombrado más tarde alcalde de San Nicolás –Flandes–.

Fue una gran figura literaria, habiendo escrito numerosos libros sobre pintura, historia y literatura. Por orden del rey Leopoldo I le fue entregada una magnífica sortija con un brillante, acompañada de una afectuosa y elogiosa carta como prueba de interés por sus trabajos de historia y literatura.

En 1860, el 26 de agosto, nace en San Nicolás Luis Siret, hijo de Adolfo Siret y de Susana Cels.

Transcurre su infancia en San Nicolás junto con sus padres y hermanos.

Hace sus estudios elementales y superiores en Amberes. Fue un alumno brillante que sobresalió rápidamente por su inteligencia, talento y observación.

Llegada la hora de decidirse por su carrera, se instala la familia Siret en Lovaina.

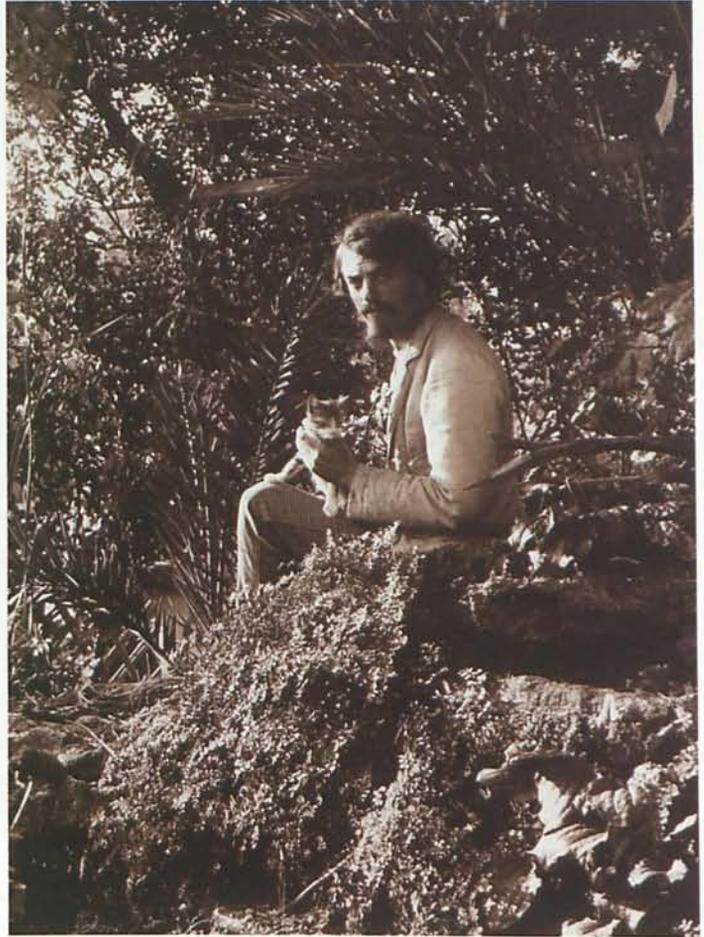
Eligen los hermanos Siret, Enrique y Luis, la carrera de ingenieros de minas. Cursan sus estudios en la Universidad de Lovaina.

Las brillantes y extraordinarias facultades de inteligencia de Luis le permiten terminar su carrera antes de cumplir 21 años, y es el número uno de los ingenieros de su promoción con felicitaciones del Jurado.

** Nota de Ophelia: «Barón de Chanvron».

⁶ El título exacto de esta obra publicada en francés es *Dictionnaire historique et raisonne des peintres de toutes les écoles depuis l'origine de la peinture jusqu'a nos jours*, del que se han hecho numerosas ediciones desde 1848, incluso una en este año 2010.

⁷ Adolfo Siret (1818-1888), el padre de nuestro arqueólogo, fue un personaje muy importante de la cultura belga desde la independencia de este país en 1830. Aparte de ocupar varios cargos públicos, fue miembro de la Academia Real de Bélgica. Además de dirigir varias revistas artísticas, y de la edición del libro citado en la nota anterior, publicó, entre otras, las siguientes obras: *Gloires et miseres* (Bruselas, 1840); *Les glories populaires, nouvelles historiques a la usage de la jenseuse* (Bruselas, 1853); *Recits historiques Belges* (Tournai, 1855); *La dispute historique, recits de la Flandre occidentale* (Paris, 1859); *Manuel du touriste et du curieux a Gand* (Paris, 1865); *Vie et correspondance d'Octave Pirmez* (1888).



Luis Siret en el jardín del cortijo de Parazuelos (Mazarrón, Murcia) en 1887. Imagen cargada de romanticismo, en la que el arqueólogo acaricia a un gato. [Foto col. Juan Grima].

Acaricia entonces ya Luis el gran deseo de venir a España, esa España con que sueña, esa España que le atrae; él siente su llamada inexplicable⁸.

Su hermano Enrique, que ya se encontraba en Cuevas del Almanzora dirigiendo la construcción de la conducción de aguas potables para la ciudad de Cuevas, lo llama pidiendo su colaboración en estos trabajos⁹. Obra colosal y perfecta que se debe a los dos hermanos Siret y que enorgullece a los cuevanos, como un cuevano ilustre ha referido, medio siglo más tarde¹⁰. El principal manantial de agua potable

⁸ En realidad Luis se entusiasma y desea venir a España como consecuencia de las cartas que le envía desde Cuevas su hermano Enrique, que desde 1880 realizaba excursiones en busca de restos arqueológicos, y le da noticias de los importantes descubrimientos que estaba llevando a cabo. Véase: GRIMA CERVANTES, Juan: *España prehistórica*, Almería, 2001.

⁹ Véase al respecto: FERNÁNDEZ BOLEA, Enrique: «La traída de aguas potables a Cuevas del Almanzora. La trascendencia de una obra», *Axarquía*, nº 6 (2001), pp73-83.

¹⁰ Se refiere a la obra de Diego Casanova Parraga ya referenciada más atrás.



Grabado realizado por Luis Siret y que encabezaba en la parte superior izquierda sus cartas. El paisaje retratado es el cortijo de Parazuelos, en el que vivió Luis, primero con Enrique, luego sólo, y finalmente con su esposa Magdalena. Fechado hacia 1887. [Col. Juan Grima].

que proveía a las necesidades de Cueva, apenas daba la pequeña cantidad de 40 metros cúbicos por día.

Asnos cargados de cántaros, recorrían penosamente abruptos caminos por entre sierras, buscando la sola bebida de este pueblo.

El gran trabajo y obra de los Siret hace salir este pueblo de tal penuria.

Por fin, el primer elemento de la vida llega a él: ¡Agua Potable!¹¹

Terminadas las referidas obras de conducción de aguas, ambos hermanos, trasladan sus actividades emprendiendo una explotación minera en Parazuelos —Murcia—.

De carácter tímido, sencillo y poco común, esta región salvaje, desértica, con sus paisajes lunares, sus ramblas esqueléticas, sus montañas ocre peladas, la suavidad de su clima, le fascinan y le prenden al suelo español hasta su muerte.

Sus calidades humanas y generosas, su gran amabilidad y distinción hacen que todos le quieran, respeten y acepten inmediatamente.

¹¹ Sobre esta temática vease la obra de FERNÁNDEZ BOLEA, Enrique: *Agua y vida en Cuevas del Almanzora. Una historia de luchas y anhelos (Siglos XVI-XXI)*, Arráez Editores. Cuevas del Almanzora, 2006.

Usaba pelo largo y perilla, lo que le daba cierto aspecto arrogante. La razón de sus largos cabellos: su madre, que se encontraba enferma y que pronto le dejó huérfano, tocando sus rubios mechones, le dijo: «el día que cortes tus cabellos, querido hijo, me darás un gran disgusto».

— «Nunca temas, nunca me reprocharás esto, mamá» y efectivamente dejó sus largos cabellos hasta su tumba.

Esto dio entonces motivos a muchas incidencias, como una que él mismo relataba entre risas y buen humor, que le había ocurrido durante su visita a la Alhambra de Granada. Viendo su figura, su gran porte, cargado de personalidad y de indiscutible tipo extranjero, admirando todas esas bellezas artísticas, no escucha la insistencia de un gitanillo que le pide limosna. Ignorando el chiquillo que Siret hablaba y conocía el castellano, lo miró con desenvoltura y descaro y le dijo: «¡Mister! ¿Quiés un real y te pelas?»

Enrique, su hermano, es llamado pocos años después a Bélgica para dirigir la Compañía de los Grandes Lagos del Congo. Privado de la compañía de su hermano, Luis continúa solo —diríase que su destino era la soledad— en las tierras del Sudeste, en explotación minera y arqueológica. La ausencia de ese her-



Luis Siret
y Magdalena
Belpaire durante
su viaje de novios
a Italia. Año 1891
[Col. Juan Grima]

mano, que tanto estima y con quien ha colaborado en sus trabajos, le es penosa y triste¹².

III. MATRIMONIO CON MARÍA MAGDALENA BELPAIRE

No resistiendo el vacío que siente por la falta de su hermano, emprende al poco tiempo viaje a Bruselas, para contraer matrimonio con su novia y compatriota María Magdalena Belpaire. Joven de una gran cultura, bondad y peregrina belleza. Se casaron profundamente enamorados. Se realizó la boda en la catedral de Amberes con la asistencia de altos dignatarios. Entre los valiosos regalos recibió de su Majestad Leopoldo I un *pendantif* (colgante) «con un zafiro rodeado de brillantes con la corona real»¹³.

Hija del ingeniero Alfredo Belpaire, director general de los Ferrocarriles del Estado belga y presidente de la Comisión Internacional del Congreso de los Ferrocarriles, que recibió de su majestad Leopoldo I y de otros monarcas extranjeros las más altas distinciones y condecoraciones.

¹² Sobre esta época de los hermanos Siret y el regreso definitivo de Enrique a Bélgica, vease: GRIMA CERVANTES, Juan: «Formación, avatares y venta de la primera Colección Arqueológica de los hermanos Siret», en *Almería un museo a cielo abierto. La importancia de nuestra provincia en la historia de la Arqueología*, Instituto de Estudios Almerienses, Almería, 2011, p.119.

¹³ No extraña para nada que el propio rey de los belgas hiciera un regalo tan bonito al nuevo matrimonio, sabiendo y conociendo el papel tan importante que en aquella sociedad jugaban los padres de uno y otra, aunque en ese momento Adolfo Siret, padre de Luis, ya había fallecido (6-1-1888).

Después de la luna de miel en Italia, regresa el joven matrimonio a España y sigue Luis Siret la dirección de explotaciones mineras en Águilas.

Para esta joven pareja llena de ilusión y cuyos principios religiosos, de cultura y espiritualidad son iguales, este país les ofrece un gozo indefinible.

Colabora María Magdalena con su marido, le acompaña en sus explotaciones, en sus excavaciones, comparte con él todos sus trabajos literarios llena de interés y entusiasmo. Es la compañera perfecta. Formaban la pareja ideal, ambos se complementaban.

Dios les envía una hija —Susana—. Más tarde es llamado Siret a Cuevas del Almanzora para dirigir las obras del Desagüe en la Sierra de Almagrera, y allí asientan los jóvenes esposos sus reales.

Crean ambos ese paraíso donde van a vivir, y se rodean de una exuberante vegetación. Llegan de Bélgica rosales, plantas diversas para embellecer ese nido de amor.

Viven en el auge de la felicidad en ese hogar sencillo, confortable y elegante. Allí da a luz Magdalena al segundo de sus hijos: Adolfo.

De constitución débil, delicada, su salud frágil se resiente de estos dos alumbramientos tan recientes y enferma gravemente. Imposibilitado Siret de encontrar en ese rincón apartado del mundo, perdido entre la Sierra, auxilio a tan gran mal, traslada a Magdalena a Águilas donde podrá encontrar los medios necesarios para atender a la enferma. Emprenden el viaje en una tartana —carruaje de dos asientos latera-



Con el fallecimiento de Magdalena Belpaire, la educación de los hijos Susana y Adolfo, será atendida muy de cerca por el propio arqueólogo y varios preceptores a lo largo del tiempo. Herrerías, hacia 1907. [Col. Juan Grima Cervantes]

les con cubierta abovedada, tirada por un caballo—. Transporte primitivo, incómodo, penoso y lento de esa época, pues no existía otro medio de locomoción.

Serpenteando montañas, valles, baches, lomas, abruptos barrancos, caminos tortuosos, delirando, febril en medio de una tortura indescriptible, un día abrasador, llegan por fin, al cabo de haber recorrido horas y horas ese desolador camino, a su término. Demasiado tarde. Ni la ciencia ni los médicos han podido salvarla, y días después entrega Magdalena su alma a Dios.

Fue enterrada en el cementerio de Águilas el día 2 de junio de 1895, día de Pentecostés. Murió en plena juventud cuando empezaba a vivir, cuando la felicidad le sonreía, cuando para los dos brillaba el sol esplendoroso de la vida, de la felicidad, del amor; y sin el calor de una madre se quedan huérfanos dos preciosas criaturas: Susana y Adolfo.

Como un latigazo, ese gran dolor lo desgarró, lo inmoviliza. No tiene fuerzas para llorar, pero empieza para este hombre en la flor de la vida un dolor inagotable jamás consolado. Hombre de temple, tuvo Siret el don de la aceptación y, con resignación, supo superar tan doloroso trance. En el silencio impresionante y patético de su gran soledad, su vida sigue austera, triste, solitaria. Es la sombra de sí mismo. Sus cabellos se vuelven blancos, su mirada vacía, absorta, indiferente.

Viste con desaliño, se levanta con el alba después de un íntimo y fervoroso rezo en su capilla. Descansando la cabeza sobre sus dos manos unos

minutos en actitud totalmente absorta, van deslizando por fin poco a poco por su faz dolorido unas lágrimas. Lágrimas de consuelo de esa alma herida tan brusca y cruelmente por el destino. Jamás pensó rehacer su vida destrozada y queda fiel a la memoria de su querida Magdalena hasta su muerte. Con su pena a cuestas, va caminando; caminando, por montes, atajos, bajando y subiendo cuestras, rincones y caminos, llevando como compañero del que nunca se aparta, un bastón rematado por un pico de metal, el delatador de la existencia de todos sus tesoros.

Removiendo esas tierras duras, arrugadas, tostadas, calcinadas, arrancando tesoros de sus entrañas.

III. LA ARQUEOLOGÍA Y SUS ESTUDIOS

Aprovecha todo el tiempo que le dejan libre sus trabajos mineros y se dedica con ansia, con furia, a la arqueología. Diríase que, removiendo el polvo de la tierra encontrábase más cerca de su Magdalena y, sin reposo, durante largos años descubre Siret yacimientos del Neolítico, del Eneolítico, del Bronce, estímulo supremo que lo absorbió con obstinación.

Fue producto de sus excavaciones, en colaboración con su hermano Enrique, *Las primeras Edades del metal en el Sudeste de España*, editada en Amberes —en francés— en 1887. Esta obra colosal, seguida de un estudio etnológico por el Dr. Victor Jacques, secretario de la Sociedad de Antropología de Bruselas, mereció el mismo año de su aprobación y

Luis Siret
obtuvo dos
reconocimientos
como doctor
honoris causam,
uno por la
Universidad de
Barcelona y otro
por la de Lovaina.
Aquí lo vemos en
la ceremonia de la
de Lovaina.
[Col. Juan Grima]



en el siguiente, el ser galardonado con medalla de oro en dos exposiciones universales, obteniendo un importante premio en metálico en el Concurso Martorell de Barcelona, donde aparece, en castellano, tres años después de la edición en francés, aparecida en Amberes.

Dicha publicación lleva un álbum de láminas en folio, debidas a la pluma de Siret. Son de una fidelidad, realidad y de una perfección excepcional, pues era un dibujante consumado¹⁴.

Expresa Van Breden que pocas veces se encuentra en obras de este género tal perfección. A estas ilustraciones concedió el calificativo de «magníficas y extraordinarias», Menéndez y Pelayo.

Son textos, tumbas, cerámicas, hachas y dibujos revelados sobre todo de la cultura Algariana-Argárica, llevando este nombre por el Algar, de Antas.

Pintó también Siret una serie de cuadros con paisajes de ríos y puestas de sol de gran belleza, conservando estas pinturas su hijo Adolfo¹⁵.

Obtuvo otros premios Martorell, con las obras:

—A propos des poteries pseudo-Mycéniennes (publicado en la revista *L'Anthropologie*, tomo XVIII, 1907, pp. 277-299).

¹⁴ Para conocer lo relativo al premio Martorell y al libro *Las primeras edades del metal...*, vease: GRIMA CERVANTES, Juan: «Formación, avatares y venta de la primera Colección Arqueológica de los hermanos Siret», op. cit. p.122.

¹⁵ Conocemos infinidad de dibujos a plumilla, a lápiz (esfumato) y acuarela de paisajes de las tierras de Bélgica o de la propia Almería, todos de pequeño formato, pero nunca hemos visto esos óleos pintados por Luis Siret que estaban en en Madrid en casa de su hijo Adolfo.

— *Questions de Chronologie et Ethnographie Iberiques*¹⁶.

Doctísimas publicaciones de interés científico.

Es ceñido de sus investiduras de «Doctor Honoris Causa» en las universidades de Barcelona y Lovaina. Su aportación a la ciencia la afirma con un trabajo amplio, detallado, minucioso y sincero en numerosos volúmenes, la mayor parte publicados en Bélgica, y en francés, casi todos referidos a sus propias deducciones y estudios en investigaciones realizadas en la provincia de Almería, destacando tanto que hoy es fundamental para el conocimiento de la prehistoria de la Edad de Bronce.

Le gustaba la tierra, ese suelo sobre el que procura penetrar por galerías y pozos para sacar tesoros de sus entrañas.

Ha puesto Siret en explotaciones minas con masas de obreros y máquinas.

Las manos vibrantes y duras del picador abren galerías; y tierra, piedra, metal salen en profusión y mezcladas. A veces le sorprendían huellas de pueblos que vivieron en aquellos sitios, restos de industrias, de moradas nobles, sepulcros y muestras de manifestaciones artísticas recogiendo piezas de indiscutible valor para los estudios de la prehistoria, cuando ésta apenas daba sus primeros pasos.

Con firmeza y perseverancia, mes tras mes, año

¹⁶ Aquí la autora se equivoca de principio a fin, ya que ninguna de estas obras citadas fue presentada por Luis Siret al Premio Martorell y, por supuesto, no ganaron dicho premio. Los premios los obtuvo en 1888 con *Las primeras edades del metal...* y en 1891 con *España prehistórica (facta nom verba)*.



Fotografía realizada en el Museo de Herrerías, mostrando una colección de piezas cerámicas argáricas [Col. Juan Grima]

tras año, gastó durante más de medio siglo sus ahorros de ingeniero en estas excavaciones.

Todos estos trabajos que llevó a término los hizo a sus costas. Conviene examinar que tienen sus investigaciones un valor único al apoyarse en métodos extremadamente científicos en aquellas fechas en que estos estudios eran apenas conocidos y estaban completamente desamparados de la ayuda oficial. En algunas revistas extranjeras aparecieron de vez en cuando artículos firmados por L. Siret,¹⁷ y el mundo arqueológico averiguaba que en Villaricos, Herrerías, Águilas, Garrucha, Cuevas del Almanzora y en la Sierra de Gádor y en todo este territorio se encontraban piezas de un gran valor para la prehistoria. El nombre de Siret aparece en incontables obras y trabajos escritos en el mundo, sobre nuestros primitivos pobladores.

Sobre la obra de Siret, Martín Almagro y Antonio Arribas, calificaron «*Las Primeras Edades del Metal en el Sudeste de España*» como una de las obras más famosas de la arqueología prehistórica de fines del siglo XIX que puede compararse con «*Troya*», de Schliemann, por la fe que ella alienta y porque ponía de contribución del conocimiento del

¹⁷ Siret tenía la puerta abierta para escribir en las revistas más prestigiosas de su tiempo, sobre todo francesas y belgas. Citamos algunos nombres: *Revue Archéologique* (Paris), *L'Anthropologie* (Paris); *Revue d'Ethnographie* (Paris); *Revue des questions scientifiques* (Bruselas), *Bulletin Hispanique* (Paris); etc. También participaba en los congresos internacionales de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas y en las interesantes y acaloradas discusiones que en su seno se producían

pasado una técnica prácticamente desconocida hasta entonces.

Publica también:

- *A Propos de l'Âge du Cuivre.*
- *Le Coup de Burin Mostérieu.*
- *La Dame de L'Erable.*
- *Les Cassitérides ou l'empire colonial Phénicien.*
- *Origen y significación de las corridas de toros* ¹⁸.

y muchas más obras.

V. EL MUSEO DE HERRERÍAS

Fue lugar de cita de los más famosos en la materia, esta mansión retirada del mundo.

Allí fundó Siret su valiosísimo museo de la Prehistoria, el más rico y completo de su clase. Es la morada del sabio un fabuloso mundo de riquezas. En una de las alas de su palacete, varias, enormes y amplias salas dispuestas con estanterías; vitrinas exponen metódicamente y con una clasificación exacta, esmerada y ordenada, bellas cerámicas, vasos, ánforas, vasijas etruscas y egipcias con pinturas, lámparas romanas, infinidad de quema-perfumes en ala-

¹⁸ Excepto el último todos están publicados originalmente en francés. Sin embargo, pueden encontrarse todos traducidos en español en la Colección Siret de Arqueología de la Editorial Arráez.

bastro, cajas de alabastro que servían para la cosmética femenina, collares de huesos finamente trabajados, monedas romanas de plata, fulgentes diademas de oro y plata que adornaban cabezas regias; pendientes de oro de un trabajo esmeradísimo y fino de artesanía, sortijas, escarabajos¹⁹ egipcios grabados con los dioses Isis, Horus, brazaletes de plata y bronce, collares de ágatas, de bronce, de corralinas y cristal. Vasos griegos y púnicos con figuras pintadas. Infinidad de hachas, puntas de flechas con sílex, puñales con mangos de madera incrustados de plata y de bronce; una estatuilla en alabastro de tipo oriental, representando una diosa asentada, con dos «sphinx» de cada lado. La parte superior del cuerpo —la cabeza— tenía una apertura y por la parte superior de la cabeza se le vertía un líquido, éste salía por los pechos, en dos chorros que caían en una copa que la diosa tenía entre sus delicadas manos apoyada sobre sus rodillas. Esta exquisita estatuilla, este ejemplar único, nos muestra de una forma original que se trata efectivamente de una diosa nodriza y que su imagen puesta en una tumba, era destinada a asegurar a las almas la leche, alimento de los recién nacidos. Esta estatuilla fue encontrada en una tumba que databa del siglo quinto antes de J.C. en la Necrópolis de Galera, antigua «Tutugi» provincia de Granada.

El gran sueño de los prehistoriadores se convirtió en realidad por conocer el museo de Siret de quienes son huéspedes. Acuden de los más lejanos puntos del mundo grupos de peregrinos del arte.

Visitan también su museo numerosos grupos escolares de Escuelas Nacionales, alumnos de geografía e historia del Instituto de Cuevas y de Almería con sus profesores²⁰. Es el arqueólogo francés Cartailiac quien, tras visitar los principales yacimientos descubiertos por Siret y su valioso museo, exclama: «¡por fin pude realizar mi hermoso sueño!»

Es la arqueóloga señorita Astruc que, para sus estudios sobre temas púnicos, encuentra en Siret el

¹⁹ Se refiere a «escarabeos».

²⁰ Estas excursiones las iniciaron los Dominicos hacia 1900, con la llegada del padre Quirós al convento de Cuevas. Y se revolucionaron en tiempos de la República, especialmente tras la creación de un Instituto de Segunda Enseñanza en 1932 en Cuevas del Almanzora y los reconocimientos que el arqueólogo entonces obtuvo del Estado que salieron a relucir en la prensa.



Fotografía de la bellísima Dama de Galera (Granada), tallada en alabastro, y que fue la primera pieza donada por Siret al Museo Arqueológico Nacional. [Cortesía M.A.N.]

consejero incansable. Es el matrimonio George y Vera Leisner informados por Siret hasta la saciedad sobre la «Estación de los Millares». Son los profesores españoles Pericot, Gómez Moreno, Bosh Gimpera²¹. Es don Simón Fuentes²², que propone como ejemplo a sus alumnos al gran prehistoriador: «Tomad como modelo de hombre que allá en un lugar apartado de esta sierra ha conquistado valores científicos»

²¹ La nómina de los investigadores, arqueólogos, escritores y estudiosos que pasaron por el Museo de Herrerías es gigantesca. Sirva por ejemplo citar que por allí pasó el inglés Gerald Brenan o el francés Jean Sermet, que dejaron testimonio de ello en sus publicaciones, y muy particularmente de la personalidad exquisita, generosa y sabia de Luis Siret.

²² Simón Fuentes fue el director del Instituto que creó la República en Cuevas del Almanzora. Un verdadero talismán de la enseñanza, admirado por todo el mundo. Sin embargo, al finalizar la Guerra Civil fue perseguido por sus ideas socialistas. Vivió en Antas.

Acto religioso de la inauguración de la Iglesia de Herrerías en 1907 (Cuevas del Almanzora) cuyas obras fueron dirigidas y costeadas por Luis Siret
[Col. Juan Grima]



en uno de los campos más arduos de la ciencia y con sus conocimientos y estudios, supo llamar la atención del mundo entero, haciendo de su nombre un símbolo entre los sabios. En este marco privilegiado, sabía atender a sus invitados con una amabilidad proverbial».

Su conversación atractiva, interesante, su inteligencia fecunda prendía, absorbía a quienes le escuchaban. Tenía un lenguaje sencillo, penetrante, atractivo, rico y claro, que todos asimilaban. Este ser luminoso, brillante, nos abría un mundo desconocido de la prehistoria.

VI. ALGUNAS CUALIDADES DE SIRET. SU DESPRENDIMIENTO. ANECDOTARIO.

Fue un genial artista para expresar su ciencia y su potencia. Tuve la gran dicha de vivir anchas temporadas a su lado y jamás podré olvidar las horas, los días agradables y provechosos junto a este erudito y noble caballero del saber, portentosa figura científica y humana como ingeniero, como arqueólogo.

Mandó erigir una iglesia en la cima de una cumbre. La iglesia de la «Sagrada Familia», de la que después hizo donación al episcopado de Almería.

Ayuda a las monjitas de Cuevas del Almanzora y a las hermanitas de los pobres de Vera, no sólo monetariamente sino enviándoles manutención.

Diariamente entraba en su casa un saco de varios kilos de pan que eran distribuidos entre las gen-

tes necesitadas. Eran los sábados el día de la «Gran Limosna». Todos cuantos a su puerta llamaban, llevaban su generoso óbolo²³.

Practicó Siret la caridad con toda la fuerza de su alma, la justicia, la bondad en silencio.

Vivía para los demás, no quiso nada para él.

Sigue su vida dolorosa, trágica en la meditación, en el aislamiento, en la austeridad, en el trabajo.

Las gentes le llamaban «Santo»; así se le podía llamar por su ejemplo y virtud, por su consagración a Dios, porque era perfecto y limpio de toda culpa, pues pocos hombres habrán merecido con igual justicia ese nombre.

Las cosas materiales no le interesaban, sintiendo mayor desprecio por el lujo, por los bienes de este mundo.

Gran amor sentía por los animales, pero especialmente por una gatita de un blanco inmaculado: «Merenga», así se llamaba el animal, ofreciéndole mimo y cuidado. Con ella echada a la espalda, dibuja, escribe, durante horas y horas enteras. Lo seguía «Merenga» por todos los rincones como un compañero fiel. Si en alguna ocasión encontraba (la gatita) la puerta de su despacho cerrada, con mil esfuerzos, empujando con su cabeza la silla más cercana, se encaramaba y, valiéndose de su pata puesta en el picaporte, abría la puerta y triunfante, sin más preámbulos, se colocaba en su trono.

²³ Óbolo, es aquí equivalente a «un pan».



Fotografía en la que vemos a los hijos de Siret (Adolfo y Susana), a una hermana de éste y al célebre arqueólogo
[Cortesía de Christiane De Lannoy]

El día que falleció Siret, desapareció «Merenga». Nadie la vio por ningún lado. ¡También Merenga tenía su corazoncillo!

Era Siret de un sencillez sin límites, no se preocupaba jamás de su atuendo.

Viste traje de pana, gran lazo negro —como corbata— boina de terciopelo negro —digno de la paleta de Velásquez— y va por el mundo científico y civilizado, dando conferencias, asistiendo a congresos en numerosas ciudades extranjeras, sin atender a su vestimenta.

Acompañado de su secretario es un día citado en Madrid por una personalidad extranjera. Se hospedan en el Palace. A la hora de *destinar*²⁴ sus aposentos, instalan al elegante secretario en la planta principal en una lujosa «suite» y (a) Siret en una habitación pequeña inferior. Al darse cuenta la dirección del hotel de este error, se deshace en mil excusas. Siret no se inmuta y se niega rotundamente a cambiar de aposento, alegando que ese lujo era demasiado para su persona. Todo hombre superior, no se da importancia...

No termina aquí su desprendimiento por las cosas materiales. Visita un día a su abogado y gran amigo Luis Giménez Canga Argüelles²⁵ para pedirle

²⁴ Adjudicarles.

²⁵ El abogado veratense Luis Giménez Canga Argüelles, que llegó a ser Director General en la IIª República durante el gobierno

le ayudara a redactar un escrito. Desinteresadamente, quería donar una gran parte de sus colecciones prehistóricas al Estado Español. El abogado que debía haber sentido agradecimiento por este gesto sin límites del arqueólogo, como español y gran amigo de Siret, le hizo reflexionar que al desprenderse de estas ricas colecciones acometía contra sus intereses y principalmente contra el futuro de sus hijos, desheredándoles, por lo cual él se negaba a secundar sus deseos.

No conforme con su contestación Siret tomó la determinación siguiente: «*Si no lo haces tú, lo haré yo, aunque limitare mi donación a la parte prehistórica de mis colecciones, pues reconozco que regalar la totalidad equivaldría a desamparar totalmente a mis hijos*²⁶».

Meses después recibía el Estado español el incalculable y rico tesoro.

Rechazó igualmente con indiferencia la inmensa oferta hecha por unos americanos, de cinco millones de pesetas —entonces importante cantidad— (por sus

de la CEDA, era prácticamente familia de Siret, puesto que su mujer, Concha Flores Conzález Grano de Oro, era hija de Baltasar Flores Bravo, el socio de Siret. Y no sería raro que Siret hubiese sido el padrino de ésta.

²⁶ Como hemos dicho en otro lugar, no tiene ningún sentido que Siret donase al Estado español sólo las piezas prehistóricas y no las históricas. Es un «reserva» rebuscada que no tiene sentido. Los herederos (el hijo), porque Susana renunció a esa parte de la herencia, no aceptó la decisión de su padre sobre las colecciones arqueológicas.



Fotografía en la que vemos a la izda. a María Teresa Hanssens (sobrina de Siret), a la derecha a Juan Cuadrado, y en el centro a un Luis Siret muy envejecido, cansado y agotado, con la mirada en otro sitio. Hacia 1930. [Col. de Juan Grimal]

colecciones). Viendo ellos que Siret no contesta, creen que su oferta no está a la altura de este tesoro y presentando un cheque en blanco le piden que ponga la cantidad de su agrado. Les sonríe Siret amablemente y contesta con sencillez: «El arte no se vende y estos valiosos objetos que encontré en España los quiero ofrecer a España». Le tacharán de loco muchos, pero este gesto no fue otra cosa que el inmenso amor de ese hombre, que había amado entrañablemente a España, pues fue un hispanista sincero de alma y corazón.

Existen dispersos por los museos del mundo, parte de sus tesoros como en el Cincuentenario de Bruselas, de Londres, de Ashmolen, de Oxford, de Amberes, cuyas salas llevan por tal motivo el nombre de Siret²⁷.

Pero fue a España a quien Siret dejó la mayor y mejor parte de sus valiosas colecciones. El museo Arqueológico de Madrid nos muestra una de sus mejores salas donde exponen los objetos precedentes de aquella donación al Estado español por el ilustre belga.

Si es verdad que alguno le había precedido en España en pesquisas o estudios de esa índole, no es menos cierto que él fue quien nos dio las primicias en

²⁷ Vease: GRIMA CERVANTES, Juan: «Formación, avatares y venta de la primera Colección Arqueológica de los hermanos Siret», op. cit. p.131-158.

lo que se refiere a un trabajo serio científico, sobre una amplia parcela de Prehistoria del hombre en esta Patria, como ha expresado en fecha reciente algún almeriense²⁸.

Fue su gran deseo que se enviaran al Museo Arqueológico de Almería, los objetos repetidos de su gran colección. Allí tenía (a) su discípulo predilecto, don Juan Cuadrado, Director del Museo Arqueológico de Almería, hombre sumamente culto, en quien Siret depositaba toda su confianza por su gran competencia²⁹.

Hasta hoy su deseo no fue cumplido. Sería lógico que en justa reciprocidad, éste su deseo fuera atendido. Fue Siret un almeriense de corazón, amaba su querida Almería, esa ciudad con su bello Puerto sobre el Mediterráneo, su fisonomía morisca. Su soberbia «Alcazaba» en las alturas dominando con altivez la mar, su glorioso pasado, donde sus mil telares fabricaban las más ricas telas del mundo: brocados

²⁸ Vease: CASANOVA PÁRRAGA, Diego: «Un belga en España. Luis Siret y el Sudeste Milenario», Madrid, 1965.

²⁹ Sobre el alumno predilecto de Siret, vease: MARTÍN LERMA, Ignacio: «Juan Cuadrado Ruiz: un almeriense para la historia», en *Almería un museo a cielo abierto. La importancia de nuestra provincia en la historia de la Arqueología*, Instituto de Estudios Almerienses, Almería, 2011, p.101-107.

de oro y plata, finísimas sedas de un policromado maravilloso fueron llevadas por esos mares al Universo entero. Al grito de Almería, Almería! —en árabe «espejo»— entrarán los moros en esa bella ciudad, al contemplar el resplandor de ese azulado mar! Tuvo Almería su gran pasado, pues «cuando Almería era Almería, Granada era alquería». Almería siempre grata al nombre de Siret, no olvida jamás al sabio ingeniero, insigne arqueólogo, historiador y geólogo, que llevó el eufórico nombre de estas provincias almerienses por las cinco partes del mundo, con enorme prestigio y transcendente eficacia cultural.

Almería reconoce caballerosamente lo que debe a este sabio extranjero. Saben que la obra de Siret tiene el valor de empresa precursora, obra ya clásica en cuyos hontanares han bebido cuantos la secundarán en el estudio de nuestras más añejas civilizaciones³⁰.

Obra que bautizó con nombres españoles, periodos y culturas culminantes, enriqueciendo el vasto panorama de la prehistoria universal; obra en muchos aspectos, con frescor capaz de sustentar y marcar nuevos rumbos a los especialistas. Años atrás refiriéndose a este mismo título de los Siret, el profesor Juan de Mata Carriazo que se ocupa de «la Edad del Bronce» en la *Historia de España*, que dirigía Menéndez y Pidal, dice así: «*La aportación fundamental en el campos de estos estudios, es la de los ingenieros belgas Enrique y Luis Siret, cuya obra clásica tiene ya medio siglo de fecha, pero conserva intacto el altísimo valor de sus novedades y de su objetividad*», añadiendo: «*Nuestro conocimiento de la más antigua Edad del Bronce en España, descansa en los estudios realizados en la región de Almería por los ingenieros belgas Enrique y Luis Siret*».

Señala el arqueólogo alemán Adolfo Schulten en su obra *Tartessos* (a) los hermanos Siret como descubridores de la explotación más antigua de España y la cultura metalúrgica más antigua de Occidente³¹.

Por último, digamos que en su *Historia de los Heterodoxos Españoles*, Menéndez y Pelayo dedica más o menos completas cuarenta y cuatro pági-

³⁰ De ser los almerienses los que desde siempre habían reivindicado a Siret y su legado, en los últimos años, nuestros vecinos de Murcia han tomado protagonismo y nos han tomado la delantera, hasta el punto de que para muchos el Argar parece que ya no está en Antas sino en Totana. En esto tiene mucha culpa la política llevada por la Junta cde Andalucía de concentrar todo lo prehistórico y protohistórico en Antequera, a gusto y capricho de algunos políticos que piensan que la Cultura es un cortijo.

³¹ Adolfo Schulten y Luis Siret mantuvieron una interesante relación epistolar en la década de 1920, que todavía está inédita.

nas a resumir y comentar la obra del belga, calificando, al referirse al cuadro de cronología prehistórica de España trazado por éste, «de inauditas novedades»; y añade don Marcelino, sostenidas con verdadera habilidad e ingenio por los grandes obreros de la prehistoria ibérica, quizás el primero de todos por lo vasto de sus explotaciones y el número y calidad de sus descubrimientos. Con tal dedicación y tales palabras de insigne polígrafo y dichos profesores, quedan suficientemente valoradas la obra y el rango científico de Luis Siret.

Saben también los almerienses de su constante deambular, haciéndose acompañar por el «tío Pedro», Pedro Flores, hombre del país, un rústico de Antas que dedicó su vida a Siret durante medio siglo, ejemplar por su honradez y por el gran rendimiento de su trabajo.

Siret elige a este buen hombre para ponerle al frente de sus importantes excavaciones: «Tío Pedro» poseía como un sexto sentido para identificar los terrenos. Le había enseñado Siret algo de dibujo y cuanto había que anotar, clasificar, para situar exactamente cualquier yacimiento³¹.

No acaba aquí la ayuda de este fiel y dedicado servidor. Tenía un borriquito que les acompañaba en estas explotaciones. Un día yendo Tío Pedro montado en el borriquito notó que éste se paraba súbitamente, golpeando con insistencia a un suelo cuyo sonido era extraño. Sospechando Siret que el terreno podía estar hueco, manda cavar en aquel lugar. Al instante aparecían unas losas que cubrían una gran tumba. Iniciarán entonces una serie de los más interesantes hallazgos en los yacimientos Algáricos».

Es Siret de una agudeza de penetración extraordinaria, pues un día haciendo una gira por toda la provincia, al entrar en el pueblo de Enix para refrescarse en un manantial, bajó al campo de Dalías para ver algunos de los vestigios romanos que aparecían con profusión.

Uno de los acompañantes le hace notar: «Don Luis aquí hay un pasado»; «y futuro», contestó el sabio. Efectivamente allí fueron encontrados objetos de gran valor³².

En una noche los Exploradores Españoles, nombraban al Venerable Siret caballeroso Scout a la luz de sus fuegos en lo alto de la Sierra de Espuña.

Año tras año, en el aniversario de su muerte, le montan la guardia los exploradores de Águilas, y cu-

³¹ Para el próximo número de *Axarquía* preparamos un artículo sobre la figura del antuso Pedro Flores.

³² Luis Siret anduvo poco, pero también visitó yacimientos arqueológicos como Abdera, Murgi o el Cerrón de Dalías.

bren de flores su tumba. Gesto emocionante de unos cuantos, muchachos que no olvidan su deber y al gran sabio, siguiendo de unos a otros esta admirable tradición.

Cuevas del Almanzora, que por él sentía un inmenso cariño, admiración y gratitud, le hizo hijo adoptivo de esta ciudad.

VI. LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL EN BÉLGICA Y SUS ÚLTIMOS AÑOS EN HERRERÍAS

Estalla la Gran Guerra (1914-1918) en toda su crueldad y despotismo.

No se agota aquí la mala suerte que parece perseguir su vida patética. Siret se ve obligado a abandonar sus explotaciones mineras, sus excavaciones, sus trabajos literarios en España, y emprende viaje a Bélgica para reunirse con su familia residente en Amberes. Accede a la petición de su hijo Adolfo, que desea marcharse voluntario, para defender su Patria. Bélgica se encuentra casi totalmente ocupada por los alemanes. Es bombardeada Amberes, se inicia la salida de niños, mujeres y ancianos. Momentos de angustia, incertidumbre, tristeza, un triste éxodo que empieza. Siret se exilia en Holanda con su hija y familiares.

Es herido gravemente su hijo en un combate y transportado a un hospital de Bruselas. Siret con su hija vuelve a Bélgica para verlo. Su hija, que es novia de un oficial belga, desea contraer matrimonio y aprovechan esa estancia en Bruselas para la realización de este acto. Fue una boda sencilla, una ceremonia triste, apagada; el novio regresaba a los pocos días al frente. Van pasando los días, los meses, un año, otro y otro año, y Siret espera angustiado en Bruselas al lado de su hijo inválido la terminación de la gran tragedia³³.

Llega por fin el armisticio: ¡la guerra ha terminado! Es la ruina de los pueblos, el luto en los hogares deshechos, hambre, pesadumbre, desolación. Una paz que no lleva el ánimo ni la alegría a esos cuerpos y almas destruidos por esos años de tantos y tantos sufrimientos. Todas estas penalidades dejan a Siret en un agotamiento y depresión moral totales. Piensa en España, en su España querida y su gran deseo en retornar al silencio, a la quietud, tan ambicionadas por este hombre que el destino tan severamente va persiguiendo. ¡Desea la paz que tanto añora!

³³ *El Ferrocarril de Levante*, semanario cuevano, daba información casi permanentemente del estado del hijo de Siret y del arqueólogo, mientras estuvieron retenidos a causa de la Primera Guerra Mundial.

Agotado, su rostro delgado, seco, sus ojos revelan cansancio, melancolía, dolor. ¡Llega por fin a su casa de Herrerías, después de cuatro años de dura ausencia! Esta belleza perdida, en medio de la Sierra, en esta región solitaria de amena paz, apartada del mundo constituye para este hombre el gran milagro de la recuperación. Es un bálsamo que Dios le envía! Se extasia en la contemplación de ese paisaje tan querido, tan familiar suyo, ese sol que le envuelve, le acaricia, le calienta el alma, le da nuevamente vida y valor para proseguir sus trabajos, y sus sentimientos vuelven a vibrar. Vuelve con ánimo a sus explotaciones mineras, a sus escritos. Todas las mañanas, al alba, su hora predilecta, tocado de un viejo y deformado sombrero de paja de cuando su hijo era niño, sale de su casa para recorrer kilómetros y kilómetros en sus interminables búsquedas.

Vuelve a su vida tan deseada, con ardor, y este gigante del saber no tiene reposo. Quiere recuperar el tiempo perdido, y sigue absorbido noche y día en sus trabajos; siente que el tiempo discurre veloz que «le rouleau est à sa fin», como el solía decir.

Una vez más le acapara la atención en el poblado, otra magnífica cultura almeriense: «Los Millares» y descubre bellísimas cerámicas, infinidad de ánforas, cántaros, vasos adornados con efigies y diseños púnicos, romanos y egipcios³⁴.

Por las tardes, después de una comida frugal se sienta en su sillón en su despacho, escribe, escribe con letra menuda, clara y artística cada una de sus teorías, resultado de meses y años de búsquedas tenaces. Atiende luego a su correspondencia, que es numerosísima y a sus visitas.

La mayor parte de las noches, esas noches de increíble belleza que sólo se pueden contemplar en esas regiones andaluzas, donde el aire es diáfano y perfumado de jazmines, la luna esplendorosa, en un rincón predilecto de su bello jardín, donde un esbelto ciprés levanta el oscuro follaje de su severidad, guarda de honor frente a su alcoba de asceta, Siret observa el cielo, las estrellas a quienes cuenta sus pesares, sus cuitas. Observa el infinito, su inmensidad, su misterio y eleva una oración a Dios.

Se acostaba temprano «con las gallinas», como el solía decir, y al rayar el día se levantaba después de orar en su capilla, para proseguir su interminable serie de exploraciones sin reposo.

Las visitas de numerosos arqueólogos y curiosos no le dejan tranquilo; vienen a visitar su maravilloso

³⁴ Aquí Ophelia Quintas de Carvalho se pierde un tanto, pues en esta época del ocaso de su vida Luis Siret no volvió a excavar, que sepamos, en los Millares.

museo que aumenta progresivamente. Llegó un día un inglés quien hizo el siguiente comentario: «El museo es portentoso, pero lo más portentoso del museo es don Luis Siret».

Sigue en busca de otros hallazgos y descubre un esqueleto de la Edad del Bronce en perfecto estado de conservación, casi único en el mundo, con sus armas, flechas, hachas, puñales, no faltando la tradicional vasija para el agua y alimento que les acompañaba en sus tumbas para su viaje a la Eternidad. Encuentra también dos manos entrelazadas. ¿Qué les une? ¿Espósitos? ¿Símbolo de amor? Y sin parar sigue su tarea sin desfallecer ese hombre insaciable, grande entre los grandes.

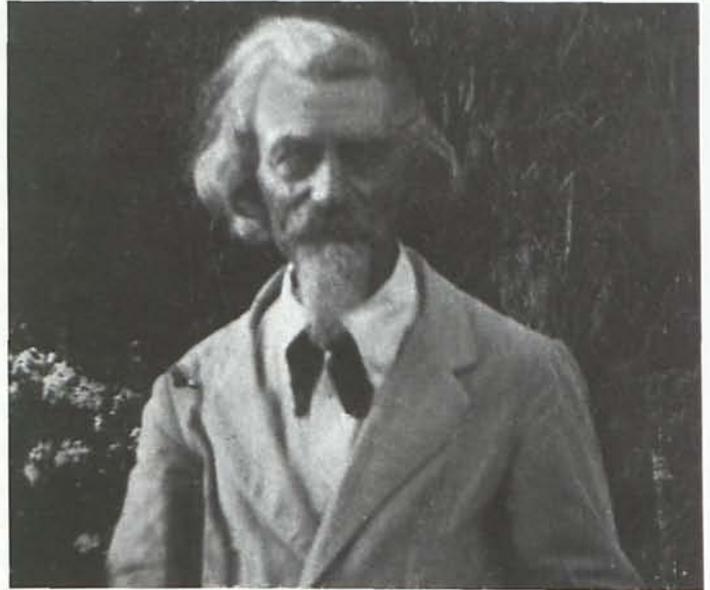
El distrito de la Sierra de Almagrera, con sus filones de plomo argentífero, al que se une el de Herrerías, rico en plata nativa, es una región que desempeñó un papel considerable en la historia de los fenicios y de España. Situada frente y no lejos de las costas de África, sus minas, distantes apenas a cuatro kilómetros de Villaricos, antiguamente llamada Baria, es un pequeño pueblo de pescadores. Su playa lisa, dorada se alarga hasta Palomares. En el alto de un monte, mirando al mar se levanta un castillo romano, atalaya en tiempos de las invasiones³⁵.

Villaricos punto de embarque cerca de la desembocadura del río Almanzora, es uno de los puntos que ofrecía más facilidades para el descubrimiento por los fenicios de la riqueza argentífera de España en esa época, en la cuál, según la historia, los indígenas desconocían el valor del precioso metal. Allí tuvo Siret una abundante cosecha de ídolos en hueso pintados, estatuillas, cantidades de amuletos, perlas, vasos en cerámica con dibujos pintados en colores de orígenes púnicos y griegos. Brazaletes de plata finamente trabajados y una magnífica diadema en plata. Las armas encontradas allí eran casi todas incrustadas de plata.

También fue Villaricos la playa donde se daban cita en verano los poderosos de Cuevas, entonces una ciudad de 30.000 habitantes, y donde la plata de sus minas corría en abundancia. En esta pequeña y tranquila playa mandó construir Siret, sobre una roca rodeada completamente por la mar, una caseta en forma de barco. Allí en los días estivales por las tardes buscaba el descanso, la meditación, el reposo.

Emprende Siret aún algunos viajes. Barcelona, Portugal, Toulouse, París, Copenhague y Londres, asistiendo a Congresos Internacionales.

³⁵ Se refiere al aquí al cerro de Montroy y a los restos de su castillo, que pertenecen a época bizantina e islámica.



En los últimos años de su vida, Siret aparece envejecido prematuramente, lo que puede deberse a la soledad
[Col. Juan Grima]

Van pasando los días, los meses, los años y en la paz edificante de ese gran sedante que es el tiempo, pacíficamente le va conduciendo al consuelo del alma. Más tarde la presencia de sus hijos, de sus nietos, que de vez en cuando —luego con más frecuencia— le visitan por temporadas, enciende la llama de ese amor tanto tiempo aletargado, y vuelca sobre ellos toda su serena ternura, todo su cariño. Amó y supo amar, el amor fue la divisa de su vida. Vuelve la alegría, la juventud, el calor a ese hogar solitario. Se celebra el día de su Santo con gran fasto, fiesta mayor para celebrar el 25 de agosto, pues así lo desean sus hijos: vino de honor, banquete, fuegos artificiales.

A la alborada, suenan los cohetes: es la banda de música de Cuevas que viene a saludar al ilustre anfitrión. El pequeño muelle de Villaricos amanece engalanado; los hombres del mar hacen oferta de sus mejores peces, los labradores de sus mejores frutos. Todos en homenaje entrañable al hombre bueno.

Todavía los cuevanos y almerienses recuerdan con nostalgia por el día de San Luis aquellos sonados festejos.

Fiesta de la abundancia, de permanente alegría. Amigos, empleados, mineros, pescadores, labradores y gentes las más humildes, no faltando el sacerdote, las buenas monjitas, los hermanos de las Escuelas Cristianas, todos, todos, quieren rendir homenaje a ese hombre, padre de todos. En ese marco maravilloso de su bello jardín, bajo frondosas palmeras, se extiende una larga mesa, adornada con elegancia de quienes saben recibir. Son servidos exqui-



Siret ordenando y clasificando las piezas de su colección que iban destinadas al Museo Arqueológico Nacional [Foto de Miriam Astruc, 1932]

sitos manjares, dulces, frutas, vinos, que manos conocedoras preparaban con esmero y amor. Hay alegría, humor, discursos, y ese hombre que envejeció prematuramente, que se marchitó en su angustia, en su gran dolor, ese hombre cuyas trágicas circunstancias rodearon su vida, y que supo con su gran fe cristiana y su inquebrantable firmeza moral, superar su desgraciado destino, vuelve a vivir, a sonreír, a latir su corazón. Emprende aún algunos viajes de estudio, pero son de poca duración sus estancias en país extranjero, pues va rondando la ancianidad y siente que sus fuerzas van mermando.

Desea morir en España. Una vez más al regreso de estos cortos viajes no renuncia aún a sus trabajos arqueológicos y sigue, sigue, con paso lento, encorvado, la cabeza inclinada hacia el suelo, va andando lenta, lentamente en busca de más hallazgos. En una mañana calurosa y luminosa de julio visita una caverna donde sabe existen piezas interesantes y de alto valor para la arqueología. Al regresar a su hogar se siente fatigado, casi sin fuerzas, enfermo, febril. Una traidora pulmonía lo abate y dulcemente, tranquilamente, como había vivido toda su vida, sin ya poder articular una palabra, su vida se extingue, lo abandona. En las primeras horas de la mañana, ya sin poder contemplar los arreboles de la aurora, su hora predilecta, esa gran luz de la ciencia se apaga para siempre. Así termina esa vida tras un largo, doloroso y trágico padecer. Murió el día 7 de julio de

año 1934 en su mansión de Herrerías este noble señor de la vida, del arte, coloso del saber.

Tuvo la virtud de no levantar ni envidias ni enemigos, y sí respeto y admiración. A nadie dejó indiferente, cumplió siempre su misión tan escrupulosamente que mereció y disfrutó del más alto concepto. Realizó cumplidamente su misión, lo demuestra con más elocuencia que nada, la competencia y acierto con que se ocupó siempre de las cuestiones relacionadas con las minas y sus excavaciones.

Con un sentido homenaje, Almería, su querida Almería, le rindió todos los honores merecidos. Gentes de la más alta alcurnia, gentes de pueblo, gentes sencillas y humildes, se han disputado el honor de transportarlo en sus hombros a través de esas tierras polvorientas de las minas, hasta la cumbre de la Iglesia que él levantó. Fue depositado el cadáver de Siret en el Ayuntamiento de Cuevas del Almanzora donde desfiló todo el pueblo ante su cuerpo en un sentido, profundo y último adiós.

Cuevas del Almanzora hizo cuanto estuvo en sus manos para guardar los restos gloriosos de su Hijo Adoptivo. Almería lo disputó igualmente con tesón ofreciéndole como última morada un panteón. No lo consiguieron. El gran deseo de Siret lo dejó escrito: «*ser enterrado junto a la querida Magdalena en la misma caja*». Recibió sepultura en el cementerio de Águilas. Una sencilla tumba en el suelo que la brisa del mar viene a acariciar en una paz de serenidad.

Una cruz de piedra que abre sus brazos reúne para siempre en la Gloria de Dios, en la felicidad eterna esa sublime pareja tan cruel y prematuramente separada.

Recibió Siret las más altas recompensas: «Caballero de la Orden de Leopoldo»...³⁶

Han pasado meses, años, un siglo y la tumba de este gran sabio queda olvidada, ignorada. ¡Imperdonable olvido que no merece!

Que descanse en paz este hombre que ha servido con entrega de toda su alma y vida a su querida España, su entrañable España a la que amó y sintió en lo más profundo de su ser como el mejor de los españoles.

Gloria honra de España, de Bélgica, del mundo entero su obra, su ciencia no terminarán con su muerte.

³⁶ Se refiere al aquí al cerro de Montroy y a los restos de su castillo, que pertenecen a época bizantina e islámica.